

## 2. Modelos de lecciones orales.

Mucho he dicho ya sobre las condiciones que deben reunir las exposiciones orales del maestro; pero no juzgaría útil mi trabajo, si no presentara algunas lecciones que puedan servir como modelos. He escogido al efecto clases que correspondan con los diversos años escolares, para poner de manifiesto los diferentes "matices" que debe tener el *tono de la enseñanza* á medida que adelanten los niños en edad y desarrollo mental.

Comprendiendo mi insuficiencia para hablar, en español, el *lenguaje de los niños*, he dejado la ejecución de esta parte al Sr. Profesor D. *Graciano Valenzuela*, ex-Catedrático de la Normal de Jalapa y ex-Subdirector de su Escuela práctica. El es el autor de las lecciones que en seguida se reproducen para el 2º, 3º y 4º años escolares, y aprovecho la oportunidad para significarle mi sincera gratitud por el importantísimo servicio que ha prestado á mi obrita.

He aquí los modelos de lecciones orales á que me refiero.

---

## EL PADRE DE NUESTRA INDEPENDENCIA.

(Para el 2º año escolar).

Para hoy les prometí un cuentecito interesante y voy á cumplir mi promesa. ¿Me ofrecen todos poner atención?—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!—Pues comienzo mi cuento. Escuchen.

Hará unos ciento treinta y tantos años que en un rancho, llamado San Vicente, del rico Estado de Guanajuato, se hallaba un tierno niño alegrando con sus primeras sonrisas los corazones de sus amantes y honrados padres. La madre al verle sonreír en la cuna, le decía al acariciarlo: "¡lucero mío!" "¡Este es el rey del mundo!", decía al padre, más tarde, al verlo por vez primera ponerse de pie. Aquel niño, que abrió los ojos en medio del campo, creció y se halló en estado de ocuparse de alguna cosa.

Por aquel tiempo eran pocos los padres que pensaban en la educación de sus hijos, y además era muy poco lo que se aprendía en la

escuela. Entonces, nuestra patria, el país en que vivimos, toda esta tierra en que viven los mexicanos, en que nos hallamos nosotros que también lo somos, se encontraba gobernada por los españoles. Muy atrasadas estaban las gentes, porque para instruirse se necesitaba dinero, y todo el que salía de las minas de Guanajuato y todo el que salía de las demás poblaciones, se mandaba al extranjero, al rey de España, que era el que enviaba aquí á un hombre para que gobernara á nuestros antepasados. Ese hombre se hallaba aquí en lugar de aquel Rey de España, por eso se le llamaba el *Virrey*. Pero veamos qué sucedió con aquel niño nacido en el rancho de San Vicente.

Por fortuna, sus buenos padres procuraron la educación de su hijo. Fué alumno del Colegio de la ciudad de Morelia, que entonces se llamaba Valladolid. Allí se dedicó con gusto al estudio, se aprovechó cuanto pudo, y sus padres, que deseaban tuviese una profesión importante, lo inclinaron al sacerdocio, porque en aquel tiempo la carrera de sacerdote se consideraba como la más honrosa y era la más respetada. El, á los veinticinco años de edad, fué sacerdote. El joven cura llegó á ser rector del colegio; figúrense ustedes si no se habría aprovechado como estudiante,

cuando llegó á dirigir el colegio donde se había educado. Estuvo también en otras varias poblaciones ejerciendo su ministerio. Siempre se le vió haciendo bien en todas partes, y ocupado en adquirir más conocimientos de los que ya poseía. Al fin, llegó á servir el curato de un pequeño pueblo llamado Dolores. Allí cumplió con sus deberes de sacerdote; trabajaba por el adelanto del pueblo; entusiasta y activo para el trabajo, se ocupó de establecer la cría del gusano de seda, una fábrica de loza fina y algunos otros trabajos. Le agradaba la actividad y el movimiento, no la pereza y el abandono. En este simpático pueblo de Dolores era respetado y querido. Vivió en él muchos años. Allí se pusieron blancos sus cabellos; sin embargo, la vejez no había debilitado su cuerpo y mucho menos su alma. Su entusiasmo por toda empresa importante, se veía en sus ojos vivos, de color verde como el del campo en que había nacido. Aquel hombre encanecido por el trabajo y la edad, tenía un corazón lleno de sentimientos muy nobles y generosos. Amaba á todos los habitantes del pueblo donde vivía; deseaba verlos á todos progresando y siendo felices; pero ese amor no era solamente para los que vivían en aquel pueblo; él amaba á todos los hombres de todos los pueblos y

para todos deseaba lo mismo. Nuestra patria se llamaba por aquel tiempo "La Nueva España." Los hombres de esta patria, á quienes el buen cura veía como hijos y como hermanos, no podían adelantar y ser felices como él lo deseaba, porque encontraban dificultades en el Gobierno español. Vivían nuestros antepasados como vive un esclavo, y por esto se hallaban ignorantes, pobres y oprimidos. Más libres que los hombres de aquellos tiempos, eran los pájaros que volaban de rama en rama y las mariposas que revoloteaban entre las flores. ¡Oh, era muy triste la situación de los mexicanos! ¿De qué les servía haber nacido en un suelo tan rico y tan grande, si no se hallaban como en su propia patria, que es hallarse como en su propia casa? Hacer de un pueblo esclavo un pueblo libre, era una obra imposible de realizar. Algunos hombres amantes de su patria, como el buen cura, tenían el pensamiento, pero nadie se atrevía á llevarlo á cabo. Se necesitaba de un héroe para eso. ¿Saben ustedes lo que es un héroe?..... Un héroe es un hombre que da su vida por salvar la vida de los demás hombres sus hermanos; que abandona su bienestar y sus comodidades para preparar, con el sacrificio quizá de su propia existencia, el bienestar de millones de hombres

que no le conocen, ni jamás lo conocerán. Y ese héroe, ese hombre generoso y bueno que cambió su vida tranquila por una vida de peligros y sufrimientos, ese hombre admirable, niño, fué aquel laborioso y honrado cura. El dió el grito de libertad á los pueblos. El, con su voz respetable, inflamó el corazón de los que antes temblaban de miedo al pensar en la libertad. El se atrevió á desafiar la cólera del Virrey y sus poderosos ejércitos, y sus amigos, sus operarios, sus feligreses volaron en su ayuda. Se trataba de hacer la Independencia de México, de libertar á los esclavos, y era preciso luchar. El intrépido sacerdote improvisó ejércitos, armados de sables, lanzas, palos y hondas, y se puso á la cabeza de sus soldados. Ganó importantes batallas como la del Castillo de Granaditas, en Guanajuato, y la del Monte de las Cruces. Hubiera podido penetrar hasta la ciudad de México, que se hallaba á seis leguas de distancia, pero no lo hizo, y después de grandes esfuerzos, tuvo que sufrir una gran derrota en el Puente de Calderón. Entristecido entonces, pero con esperanzas muy grandes aún, trata de levantar nuevas tropas, trata de entusiasmar nuevos corazones; pero en el camino lo sorprenden sus enemigos, lo conducen á Chihuahua y allí lo fusilan, le cortan la ca-

beza para colgarla en el Castillo de Granaditas y espantar de este modo á los valientes que lo han seguido. Dan así muerte al noble y honrado cura de Dolores; arrancan del cuerpo muerto aquella venerable cabeza; pero sus pensamientos grandiosos han incendiado todas las almas, y aquel incendio no se contiene.

El héroe de Dolores murió tranquilo, porque ya había despertado á los pueblos que antes dormían sumidos en la ignorancia y la opresión. Muchos héroes se levantaron animados por el patriota y valiente anciano, para llevar adelante, como hijos suyos, la grande y hermosa obra. La Nueva España fué libre al fin. Tomó el nombre de México, y esa gloriosa bandera que ven ustedes tremolar en lo alto de los edificios, en los días de fiesta nacional, se colocó sobre el palacio de los virreyes, como para decir á todos los pueblos del mundo: *¡Los mexicanos ya tienen patria y pueden ser respetados, ricos, ilustrados y dichosos, porque son libres!*

Y este resultado glorioso, que nunca olvidarán los buenos hijos de México, fué el fin de la obra comenzada en Dolores por el padre de todos los héroes mexicanos, por el virtuoso y valiente anciano.

Aquí tienen ustedes su retrato (*mostrándo-*

lo). ¡Miguel Hidalgo y Costilla! este es su nombre. Todo el mundo le llama: "El padre de la Independencia de México." Y este hombre admirable que murió por hacernos libres, fué aquél niño nacido en el rancho de San Vicente. Su cariñosa madre le decía: *¡Lucero mío!* y para nosotros, los mexicanos, es el brillante sol de la libertad. Su padre amoroso decía de él: *¡Este es el rey del mundo!* Y nosotros decimos hoy: El héroe de Dolores vale más que todos los reyes del mundo. Para su hermosa frente nada valen las coronas de todos ellos. Todos los corazones respetan y aman su gloriosa memoria y su nombre será pronunciado siempre con cariño y admiración por todos los que conozcan la vida de este grande hombre. Aprendan ustedes á amar y honrar su memoria, y cuando en un día de fiesta nacional, como el 16 de Septiembre, escuchen su nombre, descúbranse con respeto y recíbanlo con un *¡viva!* nacido del alma, porque se trata del que destrozó las cadenas de los esclavos y nos dió libertad y patria!

### NETZAHUALCOYOLT.

EL PRINCIPE POETA, PERSEGUIDO Y PROSCRITO.

(Para el 3er. año escolar).

En varias de nuestras lecciones pasadas hemos hablado ya de los chichimecas y de

los acolhuas; hemos sabido cómo se establecieron y qué acontecimientos tuvieron lugar hasta el desgraciado fin del joven rey Ixtlixochitl, víctima de las ambiciones é intrigas del rey de Atzcapotzalco, Tezozomoc. Por la corta repetición que hemos hecho de nuestra última lección, veo que están frescos en su memoria los sucesos que terminaron por la usurpación del trono acolhua. Ahora, voy á hablar á ustedes de un joven del pueblo vencido que, por su resignación y su constancia, llegó á ser el hombre más ilustre del México antiguo. ¿Saben ustedes á quién me refiero.....? Al célebre rey poeta Netzahualcoyotl. Voy á contarles la historia de su juventud, tan llena de azares.

Era hijo Netzahualcoyotl del desventurado rey Ixtlixochitl y de una señora de la nobleza azteca ó mexicana. Al verse en peligro el padre, en la guerra con Tezozomoc, ocultó inmediatamente á su hijo, que le acompañaba, tras de las ramas de un árbol, á fin de ponerlo á salvo. El joven, de 15 años de edad, perdió á su padre, y con él la corona que le estaba reservada como heredero del trono del pueblo acolhua. ¿Qué podía hacer entonces, en edad tan temprana? Huyó de aquel sitio en donde el amor de su padre lo había ocultado, en momentos peligrosísimos; pero po-

co después cayó en poder de sus enemigos perseguidores, que lo encerraron en un calabozo, de donde quizá habra salido para sufrir igual suerte que su padre Ixtlixochitl; pero la lealtad del carcelero, antiguo servidor de su familia, hizo que se fugase, quedando él en su lugar y pagando con la vida aquel generoso hecho. ¡Ya ven ustedes qué acción tan noble, y cuánto vale la lealtad de los hombres! Pero Netzahualcoyotl era perseguido incesantemente, no tenía un momento de reposo, de tranquilidad, hasta que, al fin, varias señoras de la nobleza azteca hicieron al tirano un regalo, y solicitaron el perdón para el fugitivo que, débil y abandonado, era incapaz de inspirar temores. Se consiguió lo que ellas deseaban, y el joven Netzahualcoyotl pasó á vivir á Tenochtitlán y poco después á Texcoco, en un palacio de sus abuelos, lo que le fué concedido también por intercesión de aquellas señoras. Allí, bajo la dirección del ayo que lo había cuidado en su infancia, pasó ocho años entregado al estudio, cultivando su inteligencia y adquiriendo, aleccionado por aquel buen hombre, todos aquellos conocimientos que en aquella época podían adquirirse. Transcurrido ese tiempo, en el que ya el desgraciado príncipe era notable por su talento, y comenzaba á atraerse

las simpatías de los antiguos súbditos de su padre, muere Tezozomoc y ocupa el trono un hombre terrible, sanguinario y feroz: ¡Maxtla! Netzahualcoyotl se dirige á Atzcapotzalco y va á colocar á sus plantas un ramo de flores, en señal de obediencia; pero Maxtla le vuelve la espalda en presencia de sus cortesanos. Un buen amigo le dice en aquel instante: "¡Huye pronto de aquí, que peligras!" Y se vuelve corriendo á Texcoco. El soberbio Maxtla ha resuelto dar muerte á aquel joven que comienza á disfrutar de alguna popularidad y en quien ve brillar el talento; le tiende un lazo para cogerlo en una fiesta nocturna, pero sale burlado. Se irrita entonces y envía tropas con orden de entrar en su palacio de Texcoco y darle allí muerte. Netzahualcoyotl, prevenido por su ayo, ésta preparado y vuelve á escaparse. Crece aun más la cólera del tirano y dispone que varias partidas de tropa lo busquen por todas partes; ofrece la mano de una noble y hermosa dama, con una valiosa dote, á quien entregue al desgraciado Netzahualcoyotl, vivo ó muerto. Es ya imposible el reposo del príncipe. No hay un lugar seguro ya para él. Se va entonces, en medio de mil peligros, á las montañas y bosques lejanos; pero desconfiando siempre, porque sabe bien que sus enemigos lo buscan, no

tiene un instante de calma. Cada rama que se mueve en el bosque le parece un perseguidor. En el fondo de las selvas y en las húmedas cuevas tiene que buscar un abrigo contra el frío y la lluvia. Cuando el hambre lo acosa, espera la obscuridad de la noche y sale á buscar algo con que calmar su estómago en alguna aislada y solitaria choza, empleando toda clase de precauciones, porque la muerte anda tras de él. Ya ven ustedes cómo pasa el joven Netzahualcoyotl su más florida y hermosa edad. En muchas ocasiones estuvo á punto de ser cogido. Muchos antiguos súbditos de su padre, amigos suyos, sufrieron tormentos y aun murieron por libertarlo. Más de una vez les dijo á sus numerosos amigos, cansado de padecer y compadecido de los sufrimientos ajenos: *Abandonadme á mi suerte; ¿por qué exponéis vuestra vida por la de un hombre á quien la desgracia no se cansa de perseguir?* Cualquiera otro hombre habría muerto en la desesperación más horrible; habría corrompido su alma al verse en tanto infortunio; pero había recibido también de algunos pocos amigos, muestras de verdadero cariño y de una lealtad, probada en el sacrificio, y esto había hecho nacer en él la gratitud más sincera que ennoblecía su corazón. Tantas penalidades y